



SANTORAL

Francisco, Enrique,
Tito, Nicecio, María,
Edesio, Flodoberta,
Bernardo, Víctor

Villazón en concierto, mañana en Liceu

'L'elisir d'amore' fue su triunfo en marzo del pasado año



LIBERT TEIXIDÓ

Villazón en un ensayo de la ópera *Manon* en el Liceu barcelonés, el mes de junio del 2007

ÓSCAR CABALLERO

París
Servicio especial



Seis minutos de ovación por *Una furtiva lágrima*, doce detenciones de la batuta, obligadas por aplausos, y otros 23 minutos al terminar *L'elisir d'amore*: el regreso de Rolando Villazón al escenario, el muy difícil del Staatsoper, de Viena, tras la operación de un quiste en las cuerdas vocales que hizo temer por su carrera, fue tan excepcional como su breve y sin embargo rutilante celebridad.

Porque el tenor distinguido en Operalia, el concurso creado y financiado por Plácido Domingo –su ídolo y su espejo, hasta el punto de que la crítica dice que sus vo-

ces se confunden en los primeros discos de Villazón–, y que el 22 de febrero último festejó sus 39 años, sólo despuntó hace seis, en Salzburgo, con una *Traviata* junto a la soprano Anna Netrebko, que les convirtió en la pareja más sexy del universo lírico.

Pero en el 2007, el año en el que el tenor mexicano adoptaba un segundo hogar, París, y la nacionalidad francesa, sus cuerdas vocales marcaron un primer entreacto: se cayó del cartel de *Werther*, en la Ópera Bastille, por prescripción médica, una baja comentada en el matutino

Le Figaro con un “retrato de un tenor excesivo”.

Otros adjetivos frecuentes: “apasionado”, “temperamental”. Pero este descendiente de judíos de Austria emigrados a México, con abuelo futbolista y hermano médium, lector voraz de Kafka y de Rimbaud, dotado para el dibujo –sorprendentes caricaturas– y la pluma, no es un predestinado.

Como Domingo, su ídolo y espejo, ha dirigido un discutido 'Werther' en la Ópera de Lyon

Si descubre el canto a través de Domingo es gracias a la vertiente popular del madrileño, su disco de tangos. ¿Vocación? Actor, tal vez. Y sobre todo, sacerdote.

En cualquier caso, tiene 18 años cuando el barítono Arturo Nieto, su profesor de canto, le augura una carrera y le recomienda una *master class* con Joan Sutherland. Reemplazos, pequeños papeles y en 1999 el primer reconocimiento gracias a Operalia.

Un año más tarde, una sustitución, en París, en esa *Traviata* cuyo personaje de Alfredo se transformará en su amuleto, marca un flechazo mutuo. El tenor descubre París y su gente –se instala en el intelectual barrio de Saint Sulpice, primero, y luego, con mujer y dos hijos, en el residencial Neuilly-sur-Seine–, y el público lo adopta, entre otras cosas porque el mexicano puede citar a Flaubert en francés.

Desde París empieza una frenética vida de tenor prolífico, inspirada por la de Domingo pero sin su formidable reserva física.

En pleno éxito, en el 2009, el bistrú truncará su proyecto de protagonizar, con Domingo, la primera ópera en castellano del siglo XXI, *Il Postino*

–basada en *Ardiente paciencia*, del chileno Antonio Skármeta, en cine *El cartero* (y *Pablo Neruda*). El regreso dio un disco de canciones mexicanas y un debut como director con un *Werther*, en la Ópera de Lyon, demolido por la crítica, que prefiere de lejos al tenor.●

MEDIOS

CRÍTICA DE TV



Sergi Pàmies

Las victorias de ETA

El documental *ETA a les ciutats dels Sants* (TV3) ha sido justa y profusamente comentado (ayer por Víctor Amela, en estas páginas). La aproximación en primera persona al atentado de Vic, encarnada por Albert Om, rompió un silencio relativo, ya que otros recuerdos periodísticos no tuvieron un altavoz tan potente como el de una televisión. Pero es cierto que la realidad más dolorosa de la democracia suele enterrarse con una irresponsable cobardía, especialmente cuando se trata de terrorismo (para tergiversarse a sí misma, la transición siempre ha preferido el narcótico de la nostalgia).

El documental de Om apuntó algunas de las posibles causas: contra la vergonzosa manipulación política de las víctimas y de su dolor, se reacciona con una tendencia a no intervenir y a fingir que se olvida (sin perdonar). Además de este intuitivo procedimiento de autodefensa, intervienen factores electoralistas que también esbozó el documental. Por su brutal dimensión trágica, se suele hablar de Hipercor y de Vic como dos de los atentados que modificaron la percepción de muchos ciudadanos respecto a la lucha armada de ETA.

Pero, por desgracia, la actuación de la banda terrorista va más allá y su cinismo (de acción y declaración) siempre se acaba imponiendo, incluso cuando fracasan sus objetivos más inmediatos. Ocurrió con Hipercor, cuando los asesinos tuvieron la desvergüenza de acusar a la empresa por no haber avisado a tiempo (!!!!). Volvió a ocurrir en Vic, cuando propiciaron que se desataran toda clase de especulaciones sobre la diferencia entre los guardias civiles y sus familiares y el resto de los ciudadanos. De aquella pringosa y caínica polémica, que intentaba jerarquizar pedigrís identitarios y de ciudadanía, recuerdo una desoladora discusión con un presunto intelectual con aspiraciones políticas que, tras leer la lista de víctimas, concluyó que sólo había una víctima inocente: una niña de once años que nada tenía que ver con la Guardia Civil.

El documental de Albert Om hurga en las heridas y las cicatrices para buscar respuestas

Una de las lecciones que deberíamos haber aprendido –y que Om apunta con buen sentido periodístico y algún derrape lacrimógeno en la ilustración musical–, es que el terror no está sólo en la lógica del coche bomba y del tiro en la nuca. La desunión civil posterior, retratada por el documental, subraya la capacidad de ETA para vencer desde la debilidad o la barbarie y para, en nombre de un autoproclamado, dogmático y excluyente vasquismo, poner en evidencia la incapacidad democrática para la unidad.

Los atentados etarras, tanto los multitudinarios como los individualizados, siempre tuvieron consecuencias colectivas nefastas. Lo vivimos con el secuestro y asesinato de Miguel Angel Blanco, con la utilización política del cadáver de Ernest Lluch y con el olvido al que fueron sometidas las damnificados por la violencia. La placa que recuerda a las víctimas, situada en ese descampado sobre el que se promete construir una biblioteca, es más un monumento a la vergüenza oficial que un homenaje al respeto colectivo. El cansancio y la emoción que aflora en las miradas de los guardia civiles entrevistados por Albert Om (que actúa con el acierto del portero Víctor Valdés, aguantando al entrevistado hasta el límite para que la emoción o la verdad salgan a la superficie) demuestra que el dolor ha sido utilizado como moneda política y materia prima para el sensacionalismo.